



PREFACIO

Un día de campo, luchando con un amigo mío en una de esas verdes isletas que surgen del Sena como ramos de flores, entre Champrosay y Soisy, resbalé en el césped y me rompí una pierna.

Mi desdichada afición á la vida del *sport* y á los ejercicios violentos me ha jugado tan maías pasadas, que hubiese olvidado esa como he olvidado las demás, á no haberme acaecido en día señalado y muy significativo: ¡14 de Julio de 1870!...

Por eso paréceme aún estarme viendo á la caída de aquel día cruel echado en el diván del antiguo estudio de Eugenio Delacroix, cuya casita, situada á la orilla del bosque de Sénart, habitábamos entonces. Con la pierna extendida no sufría yo demasiado, á pesar de hallarme ya en la vaga agitación de una fiebre que se iniciaba, la cual me hacía sentir doblemente el calor tormentoso de la atmósfera y me hacía ver las formas y las cosas penetrantes como medio envueltas en una gasa movediza. Estaban cantando al piano los coros de *Orfeo*, porque nadie, ni yo mismo siquiera, sospechaba la gravedad de mi estado. Por la gran ventana del estudio, que estaba abierta de par en par, entraba el aliento de los jazmines y de las rosas, nubes de mariposillas nocturnas y la claridad de algunos relámpagos, que dejaban entrever por encima de las tapias del jardín la pendiente de los viñedos, el Sena y el ribazo de enfrente.

De pronto, en medio de aquella tranqui-

lidad, oyóse sonar la campanilla. Nos trajeron los periódicos de la noche, y se abrieron en seguida.

"¡Guerra tenemos!," exclamaron todos con voces conmovidas, coléricas ó entusiasmadas.

Desde aquel instante no tengo más que el recuerdo febril de un abatimiento de seis semanas; seis semanas de cama, de pierna entablillada, de dolores, de aparato para sujetar el vendaje, dentro del cual parecía que me habían encerrado la pierna con millares de insectos devoradores.

En aquel verano pesado, excepcionalmente caluroso, aquella inmovilidad llena de agitación era terrible, y mi inquietud veíase acrecentada por los desastres públicos, con el relato de los cuales entretenían mi inacción y mis insomnios los periódicos.

Por la noche me desvelaba el rodar lejano de los trenes que pasaban conduciendo batallones, que no acababan nunca.

De día, las caras tristes y emocionadas;

las palabras sueltas que, pronunciadas en sus conversaciones por los vecinos en la carretera, llegaban á mí por la ventana abierta: "Los prusianos están en Chalons, tía Juana", y los carros de mudanzas, que á cada instante levantaban el polvo del tranquilo pueblecillo, eran para mí el eco siniestro de las *noticias de la guerra* que yo leía en los periódicos. Bien pronto no hubo en Champrosay más parisienses que nosotros mezclados á los campesinos, que, encariñados con su tierra, rechazaban aún la idea de la invasión; y tan pronto como me fué posible levantarme y estuve en disposición de ser transportado, nos dispusimos á marcharnos también.

No olvidaré nunca aquella primera salida mía á nuestro jardincillo, lleno del aroma que exhalaban los melocotones maduros y las finísimas rosas.

En derredor mío, pobre convaleciente sentado en el barrote de una escalera de mano que habían apoyado contra la tapia,

apresuraban los preparativos del viaje, cargaban los carros, cogían la fruta y las flores con la preocupación inconsciente de no dejar nada en manos del enemigo; y el chiquillo, con una bolsa de juguetes que casi no podía llevar, deteníase otro momento para recoger una pala olvidada sobre la hierba.

Yo aspiraba el aire con delicia; y con ese enternecimiento propio del estado de debilidad en que me veía, contemplaba la fachada de la casa y el jazmín de Virginia, lleno de florecillas encarnadas, que adornaban el marco de la ventana grande del estudio. Pensaba en las deliciosas horas de tranquilidad que había pasado allí desde hacía tres años, en las carcajadas alegres y en las discusiones sobre estética, que estaban muy en su lugar en aquella casita llena de los recuerdos de un gran artista.

Tal vez no habíamos de volver jamás á ver aquella alameda situada al Mediodía, tantas y tantas veces recorrida con paso de desocupado; aquellos escalones para bajar al

jardín, donde nos sentábamos aquellas hermosas noches de Junio que pasábamos al pie de una gran retama, muy florida, hecha una bola, que parecía una enorme araña que se encendiese á la caída del día y que aumentara la intensidad de su color de oro á medida que disminuía la luz.

Cuando el ómnibus de familia estaba lleno y cargado y en él todas aquellas personas queridas, estrechándose unas á otras, y los juguetes del chiquillo junto á la jaula de la cotorra, asustada al ver las puntiagudas orejas de un conejillo casero, nos pusimos en marcha, empezando por atravesar el pueblecillo, cuyas casitas de recreo estaban todas cerradas y silenciosas.

Los campesinos teníanlas tiesas todavía, aunque les acongojaban aqueilas despedidas que presenciaban desde el dintel de sus puertas, con lágrimas en los ojos y con cierta inquietud, á pesar de la impassibilidad ordinaria de sus semblantes.

¡Qué entrada aquella de París, por la ca-

rrera, llena de personas y animales, los rebaños casi por debajo de las ruedas de los coches, los carros de verduras mezclados á los de mudanza, que iban atestados de muebles! Por el terraplén del camino de hierro vagones y más vagones maniobraban incessantemente, obedeciendo señales hechas con los silbatos de las locomotoras, que parecían llamarse y responderse unas á otras. Al fin llegamos al fielato, donde se apiñaban los rebaños y la gente y los vehículos retrasados, que no podían entrar porque las puertas eran demasiado estrechas para ello, y luego—espectáculo nuevo para mí—aque- llos guardias nacionales, confundidos con los empleados de la aduana, milicianos parisienses, llenos de celo y entusiasmo, buenos chicos, cuyas bayonetas brillaban entre los grupos de gente, ó allá en el aire, sobre las escarpadas fortificaciones, levantadas de techo, erizadas de gaviones y de carronadas.

Algunos días después, hacía yo de nuevo el viaje á Champrosay; pero el camino ya

no era el mismo. La proximidad del enemigo, tantas veces anunciada y al fin inminente, conocíase por la soledad que reinaba en las afueras y por la seriedad impresa en el rostro de los milicianos. Necesitábase una serie interminable de formalidades para poder pasar. Las caras de algunos merodeadores, mezcladas á las de los campesinos que se habían resistido á venir hasta el último momento, hacían pensar en el siniestro despojo de los campos de batalla; y la soledad, la angustia, la impaciencia de los pueblos por donde yo pasaba, Villeneuve-Saint Georges, Draveil, abandonados y silenciosos, daban cierto misterio á los recodos del camino, donde á cada paso parecía que iba á encontrarse la silueta de un hulano de avanzada.

Champrosay, que no tiene más que una calle formada por casitas de recreo, parecía más grande á causa del silencio de muerte que reinaba allí: *Vasta silentio*, como dijo Tácito. Por detrás de sus verjas entreveíanse sus parques y jardinillos, en los cuales

hallábanse señales indudables, ya en el descuido que por doquier reinaba, ya por las sillas, olvidadas en los jardines como se olvida una conversación que se evapora, ora por los útiles de jardinería apoyados en las tapias, de que todos los habitantes habían abandonado precipitadamente su vida de campo y de veraneo, con la precipitación de una huida: como si todos hubieran sido víctimas de una sorpresa.

Aquello parecía una Pompeya en miniatura, en el momento de ser enterrada por la lava de un volcán.

Y hasta la naturaleza, siempre igual, experimentaba cierta variación: la ruptura del puente de Ris, que había sido cortado, dejaba caer al agua sus sueltos cables y transformaba el paisaje, sin separar por barrera, ahora infranqueable, en dos viveros, unidos de continuo por el ir y venir de gentes que se detenían ante la ventanilla de la caseta del portazgo.

De todo eso se desprendía la angustia de

una gran catástrofe, más abrumadora por lo mismo que estaba alumbrada por el magnífico sol de aquel verano excepcional.

En el instante mismo en que yo cerraba detrás de mí la puerta de nuestra casa, definitivamente abandonada, salía de la casa vecina un anciano campesino, llamado el tío Casaquet.

Cuando todos los demás, asustados, recurrieron á la fuga, sólo él tuvo la terquedad de no refugiarse en París, donde sus hijos acababan de instalarse como Dios les dió á entender. «Soy demasiado viejo para irme», refunfuñaba; y además, tenía provisiones: patatas, un poco de vino, algunas gallinas y el cerdo, que gruñía en la zahurda ó por el corral. Propúsele yo acompañarlo para que se reuniese con su familia; pero él, cada vez más encariñado con su idea: «Soy demasiado viejo» — me contestó...

El recuerdo de aquel viejo Robinsón, último ser viviente que ví en Champrosay, acudió á menudo á mi memoria durante los

días de frío horrible y de hambre que pasamos durante el sitio.

¿Qué habría sido de él? ¿Qué habría sido del pueblo que yo me imaginaba ardiendo, saqueado, así como nuestra casa, los libros, el piano, todo roto, destrozado, devastado por la invasión, como lo estaría la campiña de los alrededores, Nogent, Champigny, Petit-Bry, la Courneuve, cuyas tristes ruinas recorría yo diariamente, y las casas de campo, con sus escalinatas derruidas y sus persianas arrancadas...?

Pues bien; no. Cuando después de la guerra, allá por los últimos días de la *Commune* (como no era posible vivir en París), nos refugiamos en Champrosay, tuve la agradable sorpresa de encontrarme las cosas en el mismo estado, aparte algunas quintas de recreo saqueadas por los merodeadores, los bosques talados y todos los cristales rotos, sin duda, para desahogar la rabia de fácil destrucción. El ejército alemán había pasado por allí, pero no se había detenido

La casa de Delacroix, medio oculta por un bosquecillo de acacias, había estado más resguardada todavía que las demás, y pude respirar á mis anchas en el jardín que renacía á impulsos de la primavera, verme libre de los rigores del sitio y de los del invierno.

Paseaba yo por el jardín, cuando se me apareció la cabeza del anciano Casaquet, que me miraba por encima de la tapia medianera, y me dirigió una sonrisa, que pronunció más de lo que lo estaban ya, las arrugas de su rostro.

Tampoco en él había hecho gran daño la invasión. „No he sufrido mucho“ — decía, guiñando el ojo, desde lo alto de la escalera de mano y apoyado de bruces en la tapia.

Entonces me contó cómo había soportado el tiempo de destierro y de soledad. Tiempo de verdadera bienandanza. Nada de guardas en el bosque; cortaba á sus anchas cuanta leña quería, esa riqueza tan codiciada por el campesino; cazaba con lazo corzas y faisanes, en compañía de algunos cazado-

res furtivos refugiados en la ermita, y cuan-



do un prusiano aislado, portador de pliegos ó merodeador pasaba por aquellos sitios, lo

despachaban sin ruido y en un instante.

Había vivido cuatro meses sin más noticias de París que el lejano cañoneo, y de cuando en cuando un globo hinchado que pasaba por los aires.

Era extraordinaria aquella vida de hormiga, en medio del trastorno de todo un pueblo.

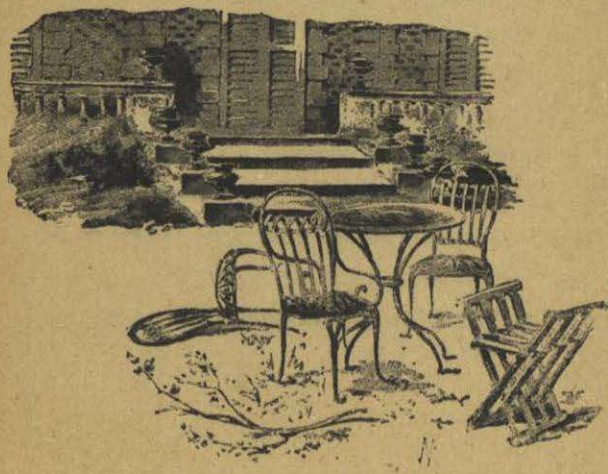
Me impresionaba tanto más, cuanto que con una pierna rota hubiera podido vivir allí tan bien como el anciano campesino, reducido á los mismos recursos de existencia primitiva. Y aquel reverso de la guerra me pareció un marco excelente para un melancólico paisaje de invierno.

Aquella misma noche tomé las notas de *Roberto Belmont, diario de un solitario*, en el estudio, mientras que por debajo de mis ventanas desfilaban las patrullas de caballería alemana acampadas todavía en la comarca, y mientras el ruido de los sables, el de las cadenillas de barbada y el de las roncadas y duras voces de mando sajonas, se mezclaban al estampido del cañón. Todo eso for-

maba parte de *mi diario*. Mis impresiones se refrescaron al día siguiente con las tristezas de la ocupación militar, los caminos llenos de tropas en marcha, los altos y los vivacs. Para huir de esa humillación del vencido, me metí en el bosque, que estaba delicioso, porque nos encontrábamos ya en el mes de Abril; las ramas de los árboles cubiertas de verde, la hierba salpicada de jacintos en flor, gorjeos de pájaro y trinos de ruiseñor entrecortados por el lejano estampido de las ametralladoras... Algunas veces, al salir de una tranquila alameda, veía acercarse, resguardándose del sol, á algún sentimental coronel sajón, recorriendo al paso de su corcel de guerra los senderos predilectos del rey Luis XV y Madama Pompadour en sus citas de amor. Entonces me ocultaba en la espesura, porque semejantes encuentros me causaban una excitación nerviosa que no sé explicarme. De ese modo vivía, por decirlo así, el diario de Roberto Belmont, al mismo tiempo que lo escribía.

Publicado en las columnas del *Musée Universel*, vió la luz, editado por Dentu en 1873 sin éxito alguno. No es una novela de interés sostenido; no es más que una colección de paisajes, la melancolía de ver nuestras casas veraniegas invadidas por el enemigo.

En la nueva edición de mis obras completas hecha por Dentu-Charpentier, *Roberto Helmont* se encuentra al final del segundo tomo de *Jack*; y está en su sitio, puesto que describe aquellos mismos bosques de Sénart, la Ermita, la Puerta Pacôme, donde conocí al héroe de la novela *Jack*, y resucita algunos de los mismos personajes.



En la Ermita, á 30 de Septiembre.

Ayer hizo seis semanas que me rompí la pierna. Fué precisamente el día que se declaró la guerra. Mientras M. de Grammon producía en el Senado tanto ruido y tanto entusiasmo, yo, volviendo de pescar con caña, tropecé á orillas del Sena contra un cacharro oculto entre la hierba y tuvieron que llevarme á mi Ermita del bosque de Sénart en el carretón de un leñador...

Esta mañana salí por primera vez, después de cincuenta días de fiebre y de sufrimientos, aumentados por las noticias de la